Leer es mi cuento 56

Versión

Javier R. Mahecha López

Alguien del barrio me contó...

Ilustrado por

Daniel Gómez

La proximidad que tenemos con las leyendas urbanas se debe no solo a la variedad de sus versiones, sino al hecho de que casi siempre le han sucedido a alguien cercano o las hemos vivido en carne propia.

En las grandes ciudades se convive con el tráfico, los tumultos, la incertidumbre... y el miedo.

Este es un recorrido por algunas de las más conocidas leyendas que se van acumulando en el pensamiento colectivo y que querrás contarle a alguien cercano.

MINISTERIO DE CULTURA

Biblioteca Nacional de Colombia

ISBN: 978-958-753-532-7

Este libro es gratuito, prohibida su reproducción y venta

Leer es mi cuento 56

Alguien del barrio me contó...

Leer es mi cuento 56

Versión

Javier R. Mahecha López

Alguien del barrio me contó...

Ilustrado por

Daniel Gómez

MINISTERIO DE CULTURA

Leer es mi Cuento
Plan Nacional de Lectura y Escritura

Biblioteca Nacional de Colombia

MINISTERIO DE CULTURA DE COLOMBIA
Patricia Ariza Flórez
Ministra

MINISTERIO DE EDUCACIÓN NACIONAL
Alejandro Gaviria Uribe
Ministro

* * *

VERSIÓN
Javier R. Mahecha López

ILUSTRADOR
Daniel Gómez

EDITOR
Javier R. Mahecha López

DIRECTORA DE ARTE
Laura Pérez

COMITÉ EDITORIAL

Víctor Manuel Rodríguez Sarmiento
Director de Artes
Ministerio de Cultura de Colombia

Diana Patricia Restrepo
Directora Biblioteca Nacional de Colombia

María Orlanda Aristizábal B.
Coordinadora del Grupo de Literatura
Ministerio de Cultura de Colombia

Javier R. Mahecha López
Editor de la Serie

Laura Pérez
Directora de arte de la Serie

Santiago Humberto Cepeda
Asesor del Grupo de Literatura
Ministerio de Cultura de Colombia

Diego Pérez Medina
Líder de Proyectos Editoriales
Biblioteca Nacional de Colombia

Primera edición,
noviembre de 2022

ISBN: 978-958-753-532-7

Material de distribución gratuita.

Los derechos de esta edición, incluyendo las ilustraciones, corresponden al Ministerio de Cultura de Colombia; el permiso para su reproducción física o digital se otorgará únicamente en los casos en que no haya ánimo de lucro.

Agradecemos solicitar el permiso a:
literatura@mincultura.gov.co

12
Ana
El baño misterioso

16
Ricardo
La novia de Puerto Colombia

21
Gilberto
La mujer que ya había muerto

24
Diego
La viuda alegre y la mujer del canasto

29
Elisa
El día que el diablo bailó en una discoteca

Los cinco jóvenes avanzan a toda prisa por las calles desiertas. Aunque agotados, el miedo los obliga a seguir adelante en busca de refugio. Alguien los ha perseguido desde que salieron del bar. Parece ser un hombre espigado, que empuña lo que podría ser un cuchillo. La alegría de la fiesta en la que estuvieron se ha desvanecido ante la amenaza y la soledad de la noche. Se conocen desde hace tiempo, son inseparables, populares, tienen muchos seguidores en redes, pero ahora parecen un grupo de excursionistas que se han extraviado y no tienen la menor idea de hacia dónde caminar.

El grupo se detiene en frente de un supermercado para tomar un respiro. Comprueban a la distancia que al parecer lograron dejar atrás al persecutor. Tan solo canecas de basura saqueadas y un par de perros los rodean.

—¿Quién será? —les dice Elisa a los demás y señala al horizonte para confirmar que el hombre no aparezca de nuevo. Su pelo rojo y largo ondea con una leve ola de viento que la noche le regala.

—No logré verle la cara —responde Ricardo y toca su barba rubia—. Pero estoy seguro de que tiene un machete.

Un trozo de periódico revolotea entre ellos.

—No exagere —protesta Gilberto y se acomoda la coleta de su pelo—, si acaso una navaja.

Ana se ríe recobrando el aliento y desacomoda sus crespos, simulando una expresión de locura:

—Chicos, seguro es una broma —dice ella—, alguien de la facultad disfrazado de villano de una película.

Todos se ríen, hasta Gilberto, que no para de temblar y de tocar sus brazos tatuados.

—O alguno de los mil fans de Elisa —interviene Diego.

Elisa (ella usa lentes oscuros así sea de noche) le da un puño de mentiras en el brazo. Gilberto señala aterrado hacia el final de la calle.

Un destello metálico acompaña la silueta del hombre que reaparece, incansable.

—¡Es verdad! —grita Ana—, tiene un arma.

—¡Corran, parceros! —ordena Diego.

Sin decir nada más, el grupo emprende la huida. Corren sin rumbo claro. Las pocas luces de la calle y de los locales cerrados se extinguen como si quisieran darle más dramatismo a la escena.

—Un apagón, lo que faltaba —protesta Gilberto sin parar de correr.

—¡No tengo señal! —grita Elisa.

Los demás miran sus teléfonos y comprueban su tragedia.

Avanzan sin parar dos, tres calles. La ciudad los castiga con una llovizna que golpea sus rostros. Elisa se detiene agotada y señala la entrada de una bodega vacía.

—Allí hacían unas rumbas buenísimas, de dos y tres días —confirma Diego.

Ana eleva los hombros y pone los ojos en blanco.

—Puede ser el fin del mundo —dice Gilberto—, y este gomelo solo piensa en rumbear.

Todos corren hacia allá. De una patada, Gilberto logra abrir la puerta metálica y encuentra un posible refugio. Ante la oscuridad que los abruma, Ana dice:

—Es eso o el tipo del cuchillo.

—Prefiero las ratas —asegura Elisa y es la primera en entrar, usando su teléfono como linterna.

El grupo la sigue a tientas entre restos de asientos y luces hace tiempo olvidados. Ana revisa su teléfono y niega con la cabeza para confirmar la caída de la señal.

Gilberto empieza a hacer un video de la situación:

—Hoy, en “Misterios urbanos”, nos encontramos en un viejo lugar donde alguna vez la gente fue feliz. —Gilberto acerca su teléfono al rostro de Elisa—. Saluda a tus cientos de fans.

La chica lo empuja.

—Podría comprar este lugar y restaurarlo —musita Diego, recogiendo del piso el resto de una boleta de algún concierto con la fecha de tres años atrás—. Decorarlo con un nuevo concepto, algo que combine lo retro con lo contemporáneo.

—Siento que algo muy triste pasó aquí —dice Ana, reconociendo los restos de afiches decorativos de cantantes de reguetón.

—Sí —responde Gilberto y señala uno de los afiches—, la muerte del rock a manos de esa música.

Todos se ríen.

Ana reconoce la barra del lugar donde sobreviven cinco botellas vacías.

—Alguien nos esperaba —bromea, señalando el particular número de objetos.

En todo caso, están a salvo y es mejor no salir. Están asustados, es mejor dejar que pasen un par de horas para seguir esquivando al misterioso hombre que produce en cada uno recuerdos de las historias raras que han escuchado por ahí de chicos y chicas perseguidos por un extraño armado, leyendas urbanas que, aunque parecen inventadas, suenan tan reales que no se pueden olvidar.

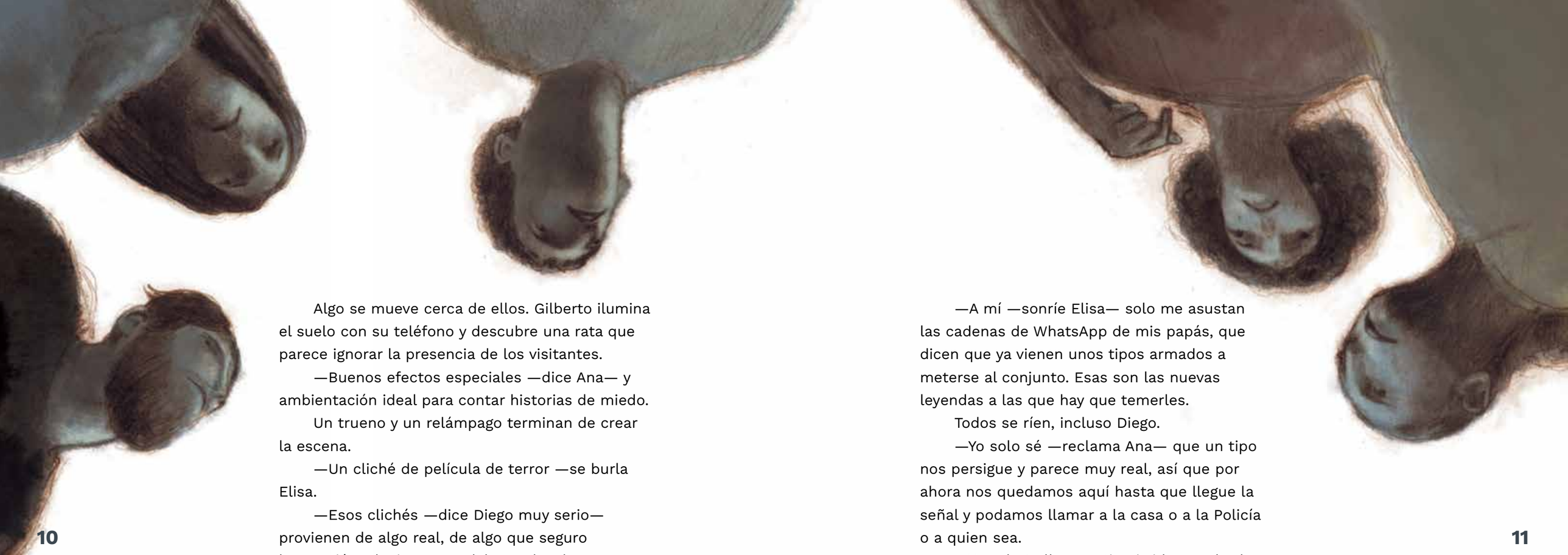
—Chicos —propone Ricardo, acomodando unas cajas como sillas—, lo mejor es contar historias de miedo porque, al fin y al cabo, susto mata susto.

Todos se miran, estudian el miedo del otro y terminan seducidos por la idea.

—Sin señal no hay nada mejor que hacer —acepta Elisa aburrida y se toma una selfi.

—Susto mata susto —repite Ana animada.

—Susto mata susto —repiten todos.



Algo se mueve cerca de ellos. Gilberto ilumina el suelo con su teléfono y descubre una rata que parece ignorar la presencia de los visitantes.

—Buenos efectos especiales —dice Ana— y ambientación ideal para contar historias de miedo.

Un trueno y un relámpago terminan de crear la escena.

—Un cliché de película de terror —se burla Elisa.

—Esos clichés —dice Diego muy serio— provienen de algo real, de algo que seguro le ocurrió a alguien; ecos del pasado, almas en pena que persiguen a los vivos.

Ana se toma la cabeza decepcionada.

—Cuatro semestres de ingeniería —se burla ella— y este pelado sigue creyendo en espantos.

Nuevas carcajadas de todos.

—En la ciudad —interviene Elisa— no hay fantasmas, solo ladrones.

Gilberto aplaude el comentario.

Diego cruza los brazos, molesto.

—Pues en mi pueblo —se defiende— todas las leyendas provienen de algo cierto.

—Eso sí —dice Gilberto e ilumina su rostro dramático con el teléfono—, los muertos no descansan; si tuvieron un desenlace trágico, no importa si es en la selva o en la jungla de concreto, ellos retornan y deambulan sin descansar, asustando a los vivos.

—A mí —sonríe Elisa— solo me asustan las cadenas de WhatsApp de mis papás, que dicen que ya vienen unos tipos armados a meterse al conjunto. Esas son las nuevas leyendas a las que hay que temerles.

Todos se ríen, incluso Diego.

—Yo solo sé —reclama Ana— que un tipo nos persigue y parece muy real, así que por ahora nos quedamos aquí hasta que llegue la señal y podamos llamar a la casa o a la Policía o a quien sea.

—Yo solo te llamo a ti, mi vida —se burla Gilberto. Ella le saca la lengua.

Ricardo interviene y propone que la historia de miedo que cuenten debe haberle ocurrido a alguien que conozcan.

—Nada inventado —advierte—, algo que le haya ocurrido por lo menos a un amigo.

—O a un amigo de un amigo —agrega Gilberto jugueteando infantilmente con las manos.

—O a un amigo de un amigo de un amigo —se burla Elisa repitiendo la acción de Gilberto.

Todos vuelven a reírse. Ana pide ser la primera.

—Yo tengo una amiga...

—¡Uy, preséntemela! —interrumpe Gilberto.

Elisa le da un calvazo para callarlo.

—Ella me contó —prosigue Ana—, hace poco...

Ana

El baño misterioso

Hay personas que aseguran ver cosas o contar situaciones que resultan extrañas a pesar de que los demás, por más que traten de entenderlo, no puedan hacerlo. Esto le pasó a una amiga de Juliana, mi compañera del colegio, en un baño de una de las grandes empresas que hay en la ciudad.

Juliana fue con Daniela a visitar a su hermano en la oficina donde trabajaba y, como a las ocho de la noche, a Daniela le entraron ganas de ir al baño. Como los baños de los pisos superiores estaban cerrados, les tocó ir hasta el primer piso, donde había mucha gente y movimiento. Juliana no entró porque quería hacer una llamada por teléfono. Al poco tiempo, Juliana escuchó en el baño un grito aterrador, un grito de auxilio, estaba segura de que la que gritaba era Daniela, por eso entró rápido junto con otras personas que estaban cerca y, según me cuenta ella, encontró a Daniela en un rincón, asustada, gritando y cubriéndose la cara mientras trataba de defenderse como si alguien la atacara, pero no había otra persona en el baño.

Cuando le preguntaron qué sucedía, Daniela señalaba en frente de ella mientras decía: “Mírenlo, mírenlo, no dejen que me maltrate”. Nadie pudo ver nada, y cuando se acercaron a ayudarla a levantar sintieron un viento helado pasando muy cerca de ellos. Juliana me dijo que nunca había tenido la sensación de miedo que le produjo ese viento.

Ya a salvo en el corredor, Daniela no dejaba de decir que un hombre muy alto, con una extraña vestimenta de capa y sombrero la pellizcaba y trataba de arañarla. Aún hoy, me dijo Juliana, a Daniela se le notan las marcas de los pellizcos en los brazos y tiene señales de las uñas en la espalda.

* * *

—Y, desde ese día —termina Ana su historia—, Juliana le dice todo el tiempo que el frío que sintió esa noche todavía la acompaña, más aún cuando está sola.

—Y por eso nunca va sola al baño —se burla Gilberto.

Un nuevo golpe amistoso nace del puño de Ana.

—Esa historia del baño misterioso yo la había escuchado —dice Diego—, pero le sucedía a un hombre. Mi papá me dijo que era una historia del Caribe y que siempre le pareció raro que el hombre misterioso tuviera capa y sombrero con ese calor.

—Yo en cambio —continúa Ricardo—, les tengo una historia de algo que me sucedió a mí... en serio, sueño todo el tiempo con ese personaje y aunque fue hace varios años, no lo he podido olvidar.

Ricardo

La novia de Puerto Colombia

Hace ya varios años, salimos con mi familia de Bogotá a Cartagena por carretera. La ruta fue decidida después de escuchar varias opciones que nos presentaban los amigos, pues, por esos años, aún no existían el Waze ni la grandiosa carretera que ahora permite ahorrar mucho tiempo y que hace del viaje algo más rápido y placentero.

Muy madrugados salimos de Bogotá y, sin un cálculo claro del tiempo de viaje, fuimos deteniéndonos en cuanto sitio nos parecía atractivo para disfrutar al máximo del paisaje. Además de esas paradas, tuvimos algunos problemas mecánicos que fueron acumulando horas de carretera y el cansancio propio de estas aventuras.

Llegamos a Barranquilla en la noche, ya en la ciudad, pasé al puesto del copiloto mientras mi hermano, que durante varias horas había descansado, tomó el volante para, en un último esfuerzo, llegar a Cartagena y poder descansar.

Esta parte de la carretera era amplia, iluminada y el tráfico fluía sin inconveniente. De un momento a otro vi por mi ventanilla que de la nada surgió una mujer que bien recuerdo llevaba traje blanco y que caminaba sin afán alguno por el centro de la vía; no dudé en avisar al piloto sobre la aparición, y recuerdo la maniobra rápida y el derrape del carro cuando mi hermano esquivó a la señora. Nos detuvimos al borde de la carretera más preocupados por los acompañantes del viaje que por el personaje que nos pegó tremendo susto y, cuando nos vimos a salvo, buscamos insistentemente a esta mujer por las ventanillas; hasta decidí bajarme para tratar de encontrarla. No vimos a nadie, no pudimos saber qué pasó y después de esto llegamos a Cartagena tarde en la noche. Nos fuimos a dormir sin contarles la aventura a amigos y familiares.

A la mañana siguiente, mientras hablábamos del viaje, les relaté a quienes estaban sentados en la mesa el suceso de la noche anterior y uno de ellos me dijo que lo que habíamos vivido era por causa de la novia de Puerto Colombia, una mujer que había muerto trágicamente el día de su matrimonio y que acostumbraba a aparecer en esa vía con su traje de novia.

* * *

Oscurece aún más y la historia de Ricardo retumba en el amplio espacio de la bodega. Por más que insisten, no hay forma de llamar por celular y aunque están bajo techo, todos sienten que *eso que los persigue* de alguna forma se ha colado por las paredes y en cualquier momento puede pasar como un viento frío o aparecer tan rápido como una novia en la mitad de una carretera.

—¿De verdad, Ricardo? —dice Elisa dudando de la historia de su amigo.

—En serio —los mira a todos—, les juro que yo la vi...

Un nuevo trueno acompaña la noche. Diego estudia los gestos de Ricardo para reconocer la mentira, pero nada lo delata.

—Si el hombre dice que así fue —dice Gilberto y se suelta el pelo—, debemos creerle.

—Se pusieron dramáticos —interrumpe Ana, disimulando que el miedo se ha apoderado de ella; quisiera salir corriendo de allí, pero su cuerpo pertenece a ese lugar.

Gilberto comenta que conoce una leyenda que ha escuchado en muchas versiones, una leyenda en la que la muerte le juega una mala pasada a un pobre hombre.

—A uno como tú —le dice Ana y le guiña un ojo.

Gilberto simula con los brazos que todo le resbala.

—Me la han contado cambiando el objeto del reencuentro por un sombrero, un cuaderno —dice Gilberto— y hasta con un ramo de flores.

Escuchan unos crujidos a su alrededor como si las paredes vibraran; prefieren pensar que son solo más ratones.

—Les voy a decir mi versión —anuncia Gilberto ignorando el aura sombría que los cubre—, pero acérquense más, con la noche es mejor la cercanía para espantar a las sombras. Una prima me contó esta historia.

Gilberto

La mujer que ya había muerto

Un hombre y una mujer se conocen en un sitio de rumba muy concurrido en una ciudad. A medida que pasa la noche, están más tiempo juntos hasta el punto de que deciden no bailar con nadie más y terminan enrumbados. A la hora de salir, él muy amablemente le propone acompañarla hasta la casa, pues es sabido que la noche no siempre es segura para quienes están solos.

Logran, después de unos minutos, tomar el taxi y en el camino la conversación se hace amena; es evidente que entre los dos hay una conexión que seguro perdurará en el tiempo. Después de un largo recorrido, llegan a su lugar de destino, y se despiden y queda nuestro personaje con deseos enormes de volverla a ver.

En el mismo taxi y rumbo hacia su casa, él descubre que a ella se le ha quedado una bufanda roja en el auto y esto lo emociona: esta prenda será la excusa para buscarla de nuevo.

Al día siguiente decide ir a visitarla, devolverle la bufanda y pedirle que vuelva a salir con él. Cuando llega a la casa, salen los padres de la joven y le dicen, extrañados, que su hija murió hace más de cinco años y para convencerlo lo llevan al cementerio y le enseñan la tumba en donde está el nombre de la chica y la fecha de su muerte. Él recuerda que se tomaron varias selfis juntos, así que revisa en su teléfono, pero allí solo descubre su sonrisa estúpida en completa soledad.

* * *

Las horas han pasado. A los chicos les ha gustado la historia de Gilberto, pero ya no tiene energías para sonreír. Los cinco jóvenes saben que el tiempo es su enemigo, estar aislados y escondidos puede ser una apuesta peligrosa porque *eso que los persigue* tal vez les ha ganado la partida. Ninguno es capaz de decirles a los demás que se siente atrapado, convertidos en parte de la deteriorada decoración. Es un miedo interior más fuerte que las ganas de volver a salir y olvidarse de esta pesadilla.

Las baterías de los teléfonos ya casi no sirven para alumbrar en la oscuridad y, bajo los reflejos tenues de las luces, sus antes bellos rostros van tomando unas formas grotescas, grisáceas. Un olor extraño se pega a sus ropas, a sus pieles. Nadie es capaz de mencionarlo.

Diego piensa que el olor de aquel lugar es tal vez la memoria de una vida anterior. A su cabeza llegan fragmentos de una canción, una chica que le sonríe, un grupo de personas bailando felices, unos gritos de auxilio. Decide mejor narrar su leyenda, escapar de esas imágenes.

—Les voy a contar las mejores historias que escucharán en su vida —dice Diego y tose un par de veces, como si le faltara el aire—, una de ellas me ayudó a convertirme en un buen muchacho.

—Nunca lo serás —se bufa Ricardo. Diego empieza:

—Una de estas historias le ocurrió a un gran amigo...

La viuda alegre y la mujer del canasto

Esto les pasa a los hombres con culpas. La viuda alegre es un personaje que pasea hace varios años por los barrios más antiguos de una ciudad; es una mujer vestida de negro, a la usanza victoriana, y suele aparecérsele a los hombres que van por la calle de parranda.

Yo tenía un amigo fiestero que no le importaba lo que sucedía en su casa y no se preocupaba por su familia. Una noche, hacia las tres de la madrugada, se encontró con una mujer que estaba barriendo la calle y, a pesar de la sorpresa y lo extraño de la situación, él decidió hablarle, pues cuando estaba de juerga pensaba que podía conquistar a cualquier mujer.

Comenzó a hablarle, se acercó, le causó curiosidad su vestimenta y el hecho de que un velo le cubriera la cara; quiso acercarse más y le pidió que se levantara el velo que cubría su rostro. No pudo contener un grito cuando, bajo el velo, no encontró un rostro sino una calavera. La viuda alegre no le muestra el rostro de la muerte sino a los hombres que cargan alguna culpa. Es común encontrársela en la calle, pero no es común que se acerque a alguien, a no ser que ese hombre tenga algo que ocultar.

—Pero, así como hay historia para los hombres con aventuras secretas, también hay historia para las mujeres chismosas —dijo Diego—, y esto les pasa cuando se encuentran con la mujer del canasto.

En las noches de la ciudad se escuchan los pasos cansados de una mujer arrastrando un canasto. Pero esto solo es audible por las mujeres que están atentas a todo lo que sucede a su alrededor más allá de lo que les incumbe y, por eso, cuando cierran la ventana después de buscar el origen del ruido, sienten que alguien toca a su puerta. Lo extraño es que, aunque vivan en un edificio de muchos pisos, las llaman a la puerta, y como ellas no aguantan las ganas de saber qué pasa, al abrir se encuentran con la mujer del canasto.

Esta les entrega una vela larga que saca después de escarbar su maltratado canasto y les advierte que es para acompañar su vigilia; cuando prenden la vela descubren que en realidad es un hueso humano cubierto de cera.

* * *

Se oyen unos ruidos y con seguridad no son las ratas. A todos les cuesta respirar; todos quisieran huir de allí. Apenas asienten cuando Diego termina su relato, agotado y sudando.

Los pasos se hacen más fuertes.

—Nadie está a salvo en la ciudad —dice Diego—, porque esos duendes y brujas han migrado a las calles, han cambiado de formas, se han adaptado a las luces de las urbes, se han mezclado entre nosotros.

Todos asienten, presos del calor.

Él ha llegado, pero ya no pueden correr.

Solo queda tiempo para una última historia:

—Mi historia —dice Elisa para disimular el horror que los domina— sucedió de verdad. La gente cree que ese tipo de cosas no pasan, pero estoy segura de que sí sucedió; además, yo he ido por ese bar, por esa bodega donde hacían las mejores fiestas de la ciudad. Aún hoy se siente el olor, ese olor...

Elisa

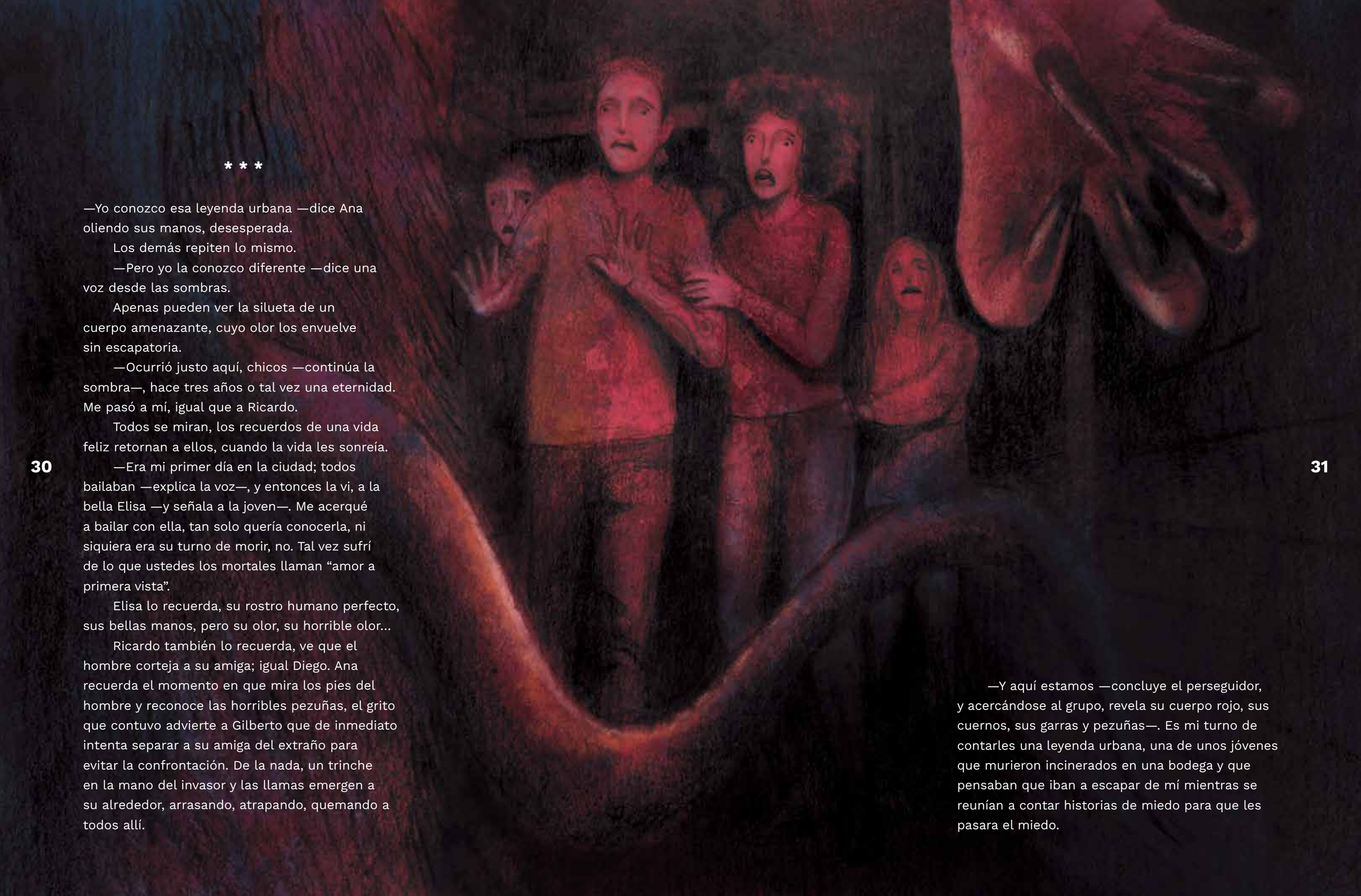
El día que el diablo bailó en una discoteca

En el lugar donde yo crecí hay una zona donde se encuentran varios sitios para ir a bailar y conocer gente, y pasó que en una discoteca se presentó un hombre muy guapo, vestido de negro y con una mirada encantadora que despertó la curiosidad de varias de mis amigas quienes, al verlo tan elegante, quisieron bailar con él.

Una de mis mejores amigas fue invitada a bailar y me contó que, antes de llegar a la pista, escuchó al hombre decirle que por ningún motivo fuera a mirarle los pies; a ella le pareció curiosa la petición, pero no tenía intención diferente a bailar con él, entonces mirarle los pies no le pareció algo importante. Pasaban las canciones y ella, de pronto, sin saber la razón e impulsada por la curiosidad, bajó la mirada y lo que observó la dejó perpleja, pues el hombre, en vez de pies, tenía pezuñas; cuando se dio cuenta de eso y antes de que pudiera decir algo, comenzó a salir una fuerte humareda con olor a azufre, entonces mi amiga cayó desmayada.

Con todo ese alboroto, nadie notó cómo el hombre salió de la discoteca en medio del humo. Cuando mi amiga volvió en sí, fueron a mirar en las cintas de seguridad la grabación y lo único que se veía era a ella bailar sola, pues el hombre no aparecía en ninguna parte del video, como si no existiera.

Esa discoteca la cerraron, pero, aun después de mucho tiempo, el sitio expedía un fuerte olor a azufre; un día que pasé por ahí y una voz lejana me dijo que no olvidara que el mismísimo diablo se la pasaba ahora por las discotecas de la ciudad.



* * *

—Yo conozco esa leyenda urbana —dice Ana oliendo sus manos, desesperada.

Los demás repiten lo mismo.

—Pero yo la conozco diferente —dice una voz desde las sombras.

Apenas pueden ver la silueta de un cuerpo amenazante, cuyo olor los envuelve sin escapatoria.

—Ocurrió justo aquí, chicos —continúa la sombra—, hace tres años o tal vez una eternidad. Me pasó a mí, igual que a Ricardo.

Todos se miran, los recuerdos de una vida feliz retornan a ellos, cuando la vida les sonreía.

—Era mi primer día en la ciudad; todos bailaban —explica la voz—, y entonces la vi, a la bella Elisa —y señala a la joven—. Me acerqué a bailar con ella, tan solo quería conocerla, ni siquiera era su turno de morir, no. Tal vez sufrí de lo que ustedes los mortales llaman “amor a primera vista”.

Elisa lo recuerda, su rostro humano perfecto, sus bellas manos, pero su olor, su horrible olor...

Ricardo también lo recuerda, ve que el hombre corteja a su amiga; igual Diego. Ana recuerda el momento en que mira los pies del hombre y reconoce las horribles pezuñas, el grito que contuvo advierte a Gilberto que de inmediato intenta separar a su amiga del extraño para evitar la confrontación. De la nada, un trinche en la mano del invasor y las llamas emergen a su alrededor, arrasando, atrapando, quemando a todos allí.

—Y aquí estamos —concluye el perseguidor, y acercándose al grupo, revela su cuerpo rojo, sus cuernos, sus garras y pezuñas—. Es mi turno de contarles una leyenda urbana, una de unos jóvenes que murieron incinerados en una bodega y que pensaban que iban a escapar de mí mientras se reunían a contar historias de miedo para que les pasara el miedo.

Serie Leer es mi cuento

Consulta los libros digitales aquí:
maguared.gov.co/recursos/leer-es-mi-cuento/libros-para-descargar/